

Familia, vive la Palabra de Dios
Domingo 03.01.2021

La Palabra (Extracto de Mt 2, 1-12)

Jesús nació en Belén, un pueblo de Judea, en tiempo del rey Herodes. Por entonces unos sabios de oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: “¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo.”

Al oír esto el rey Herodes se alarmó y con él toda Jerusalén. Entonces convocó a todos los jefes de los sacerdotes los maestros de la ley y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías. Ellos le respondieron: “En Belén de Judea, pues lo dejó escrito el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, ciertamente no eres la menor entre las ciudades principales de Judá; porque de ti saldrá un jefe, que será pastor de mi pueblo, Israel.”

Entonces Herodes, llamando aparte a los sabios, investigó con exactitud el momento en el que había aparecido la estrella, y los envió a Belén con este encargo: “Vayan e infórmense bien sobre ese niño; y, cuando lo encuentren, avísenme para ir yo también a adorarlo.”

Ellos después de oír al rey, se pusieron en camino, y la estrella que habían visto en oriente los guio hasta que llegó y se detuvo encima de donde estaba el niño. Al ver la estrella, se llenaron de una inmensa alegría. Entraron en la casa, vieron al niño con su madre María y lo adoraron postrados en tierra. Abrieron sus cofres y le ofrecieron como regalo oro, incienso y mirra. Y advertidos en sueños que no regresaran donde estaba Herodes, regresaron a su país por otro camino.



Una reflexión para la vida de familia



La narración que nos hace Mateo de los primeros días de Jesús nos habla de unos sabios de oriente (a quienes el común de la gente llama “los reyes magos”), estudiosos de los escritos antiguos y que no eran del pueblo judío. En sus estudios descubrieron que se anunciaba la llegada de un gran rey para el pueblo de Israel, por ese tiempo. Y coincidentemente surgió un fenómeno en el cielo, una estrella muy brillante que llamó su atención. Como contaban con los medios comenzaron el seguimiento de dicha estrella y esto les llevó hasta Jerusalén.

Allí indagaron acerca del nacimiento de un niño futuro rey de Israel, pero nadie tenía conocimiento de aquello. Llegaron hasta el palacio de Herodes que era el rey preguntando acerca del recién nacido. Como el rey no tenía idea de lo ocurrido llamó a los jefes de los sacerdotes y maestros de la ley para que le informaran acerca de la veracidad que podía tener este anuncio y éstos le informaron de una profecía que ratificaba lo que los sabios decían.

El rey alarmado y sin dar muestras de su intranquilidad y curiosidad, invitó a los sabios de oriente a un diálogo privado y allí les informó de que efectivamente había un anuncio profético que hablaba de un fenómeno de tal naturaleza que ocurriría en un pueblo llamado Belén, señalándoles el camino.

Les pidió se informaran bien de lo ocurrido y si veían al niño, volvieran para llevarle la noticia y así, el mismo se acercaría hasta allá para adorarle .

Los sabios partieron y, al salir de Jerusalén, una vez más la estrella apareció en el firmamento, lo que les llenó de alegría. Así llegaron a Belén y la estrella que se movía, se detuvo en un lugar determinado. Ellos descendieron de sus cabalgaduras y encontraron al niño en brazos de su madre. Postrados en tierra le adoraron y abriendo sus cofres le ofrecieron oro, incienso y mirra.

Una vez cumplida la misión que les llevó hasta allá y advertidos en sueños de que no debían volver a Jerusalén donde estaba el rey, tomaron otro camino para retornar a sus tierras.

¿Cuál es la importancia de esta visita? En estos sabios está representada toda la humanidad que no compartía la fe de los judíos, ni era cercana a ellos, pero que reacciona con una apertura de corazón mayor que la del pueblo de la promesa. No olvidemos que Jesús es parte del pueblo judío Y según sus palabras, el Padre le envió para rescatar las ovejas perdidas del pueblo de Israel.

Hoy también tenemos una estrella que brilla en nuestro firmamento, pero no alzamos la vista para verla, menos para seguirla y así sea ella la que nos lleve al encuentro de Jesús niño, para que, al igual que los sabios de oriente nos postremos en su presencia, le adoremos, regalándole aquello que guardamos en el corazón.



María es la estrella que brilla en el firmamento de esta sociedad que prefiere las tinieblas a la luz. Ella, con su disponibilidad, su humildad y sencillez nos muestra con su vida cual es el camino del reencuentro con Jesucristo su hijo amado. Ella quiere tenernos a todos cobijados en sus brazos, tal como acogió a su hijo en esa noche en que el mundo cercano le dio la espalda y aquellos que no conocían al Dios de la promesa, le abrieron su corazón.

Hemos vivido muchas navidades y cada una de ellas nos ha dejado diversos recuerdos, unos más gratos que otros. Pero, ¿hay alguna que nos allá marcado por el encuentro personal con Jesús? ¿Ha ocupado Él el centro de nuestra alegría? ¿Ha producido en nuestra vida un cambio que hoy podemos reconocer y por ende fortalecer?

Si nada de ello ha ocurrido, no olvidemos que nuestra estrella no se apaga y es bueno auscultar el firmamento de nuestra vida, pues ahí está y no sólo nos señala una dirección, sino que pretende llevarnos de la mano, siempre y cuando accedamos a ello, al encuentro del sol que nace de lo alto para guiar nuestros pasos por el camino de la paz.

Hoy es el tiempo oportuno para seguir a nuestra estrella, si aún no lo has hecho, en la seguridad que unidos a ella estamos ciertos de llegar a Jesús rey.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

¿Qué significado tiene para mí la Navidad?

¿Qué acontecimiento ha marcado mi vida y ha hecho nacer a Jesús en mí?

¿Veo a María como la estrella que me señala el camino al corazón de Cristo?

¿Reconozco a Jesús como al hijo de María y en Él al Hijo de Dios encarnado?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Diácono Ronal Salvo Olave.

Familia, vive la Palabra de Dios Domingo 10.01.2021

La Palabra (Extracto de Mc 1, 7-11)

Juan proclamaba: *“Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo. Yo no soy digno ni de postrarme ante Él para desatar la correa de sus sandalias.”*

Por aquellos días llegó Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. En cuanto salió del agua vio abrirse los cielos y el Espíritu que bajaba sobre Él como una paloma. Se oyó entonces una voz que venía del cielo: *“Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco.”*



Una reflexión para la vida de familia.

Al igual que los sabios de oriente que no siendo del linaje judío, estudiaban los escritos antiguos, buscando respuestas a los acontecimientos de su presente; Juan hijo de Isabel y Zacarías, primo de Jesús, se retiró al desierto para prepararse en las Escrituras, buscando también respuestas para el tiempo en el que vivía. Fue en esa soledad que le rodeaba que recibió el llamado de Dios, para proclamar la venida del Mesías prometido, anunciado en los profetas.

Decidido a cumplir su misión se trasladó a orillas del río Jordán, para proclamar que el prometido por Dios estaba próximo a llegar y que por lo tanto era necesario tener un estilo de vida acorde con el querer divino. Por ello decía: *“Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo. Yo no soy digno ni de postrarme ante Él para desatar la correa de sus sandalias.”* Llamando a sus oyentes a la conversión de aquellos comportamientos que ofendían a Dios.

Muchos acudían para escucharle. Eran de todos los niveles sociales y, si tomaban la decisión de cambiar de vida, él los bautizaba sumergiéndoles en las aguas del Jordán. Este era un símbolo que tenía por finalidad dar un testimonio público de esa disposición personal, como preparación a la llegada del Mesías prometido. Muchos pensaban que él era el Mesías, pero lo negaba públicamente asegurándoles que no, pues era mucho más que él, porque el mismo no era digno de postrarse ante su presencia, para soltar las correas de sus sandalias. Sólo se definía a sí mismo como el que le allanaba el camino y enderezaba los senderos por donde vendría.



Un día Jesús se presentó ante él pidiendo ser bautizado, pero se negó, pues consideraba que no era digno de hacerlo, pero, Jesús insistió hasta lograr lo hiciera. Mientras salía del agua el cielo se abrió y el Espíritu Santo descendió sobre Él en la forma de una paloma, al tiempo que se oía una voz que decía: *“Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco.”*

A partir de ese momento Juan comprende que su bautismo en las aguas del río no cuenta con la presencia del Espíritu Santo e insistirá en que sea Jesús quien tiene el Espíritu en plenitud. Esto se mantiene hasta el día de hoy dentro de la Iglesia donde se bautiza con agua y con el Espíritu Santo, quien infunde sus dones sobre los bautizados para que sean sacerdotes, profetas y reyes, en semejanza a nuestro Señor Jesucristo. Esto nos lleva a quedar inscritos en el corazón del Padre como hijos por adopción.

La pregunta que podemos hacernos es: “¿Somos consecuentes con esta verdad?” Es cierto que la mayoría somos bautizados siendo pequeños sin uso de razón, por ello quien o quienes se hacen responsables de esto son los padres. Ahora, si éstos no cumplen con su responsabilidad, son los padrinos quienes han de velar para que se cumpla. Así estaremos tomando en serio este gesto que hoy es sacramento dentro de la vida de la Iglesia. Vale decir: “Signo visible y eficaz de la gracia que es invisible.”

Hoy, para seguir a Cristo adheridos a su corazón, no basta con ser bautizados, sino que, como decía Juan, no allanamos las sendas ni enderezamos los caminos de nuestra vida para que el Señor pueda actuar en nosotros a través de su gracia siempre disponible para el que la requiere. Si Juan caminara hoy entre nosotros ciertamente encontraría muchas similitudes entre su mundo y el nuestro, pues nos hemos alejado de Dios al extremo de borrar su nombre en los acontecimientos normales de la vida. Sólo nos cuestionamos acerca de su presencia frente a hechos luctuosos o situaciones incontrolables con los medios que contamos hasta el presente.

Juan denunciaba lo que estaba mal instando a sus oyentes a rectificar lo mal obrado y a asumir una actitud receptiva frente al bien. Hoy que el mal hace de las suyas en medio de nuestra sociedad, ciertamente no podría callar, pues nuestro comportamiento está muy lejos del querer de Dios y se hace necesario llamar la atención del hombre, para que se pregunte acerca de sus ambiciones que, en ningún caso, no tienen por finalidad la vida eterna, sino un presente con el mayor goce posible, aun cuando en ello se involucre la salud del alma.

Vivimos en un mundo donde lo superfluo, lo efímero supera ampliamente las inquietudes trascendentes que puedan suscitarse en lo profundo del alma. Todo gira en torno al poder adquisitivo, dinero, medios de comunicación hasta romper con la reserva de la vida privada, atropellos a la dignidad de las personas, violencia indiscriminada incluso al interior de los hogares o dentro de la misma Iglesia, desprecio de los valores morales básicos, manipulación de las verdades evangélicas si con ello conseguimos utilidades, desconocimiento de la realidad creada poniendo al hombre como el artífice de cuanto le rodea, tozudez extrema para imponer criterios y una visión materialista y utilitarista del ser humano, etc., etc.



En medio de este caos de actitudes, ideas y propuestas sería muy bienvenida la palabra de Juan invitándonos a una conversión de corazón. Pero también estamos sordos para escuchar la voz de la razón y mucho menos dispuestos a acoger la enseñanza del Mesías que nos muestra el camino real hacia la vida eterna, retorno definitivo a la casa del Padre; el corazón de Dios.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Tiene vigencia en el día de hoy lo que proclamaba Juan, la conversión?
- ¿Qué sentido tiene para mí haber sido bautizado?
- ¿He sido consecuente con mi bautismo o aún no me pronuncio por Cristo?
- ¿Me siento hijo de Dios y me comporto como tal?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Diácono Ronal Salvo Olave.

Familia, vive la Palabra de Dios
Domingo 17.01.2021

La Palabra (Extracto de Jn 1, 35-42)

Al día siguiente, Juan se encontraba en aquel mismo lugar con dos de sus discípulos. De pronto vio a Jesús que pasaba por allí, y dijo: "Este es el Cordero de Dios."

Los dos discípulos le oyeron decir esto, y siguieron a Jesús. Jesús dio media vuelta y, viendo que lo seguían, les preguntó: "¿Qué buscan?" Ellos contestaron: "Maestro, ¿dónde vives?" Él les respondió: "Vengan y lo verán."

Se fueron con Él, vieron donde vivía y pasaron aquel día con Él. Eran como las cuatro de la tarde.

Unos de los que siguieron a Jesús por el testimonio de Juan era Andrés, el hermano de Simón Pedro. Andrés encontró en primer lugar a su propio hermano Simón y le dijo: "Hemos encontrado al Mesías (que quiere decir Cristo)" Y lo llevó a Jesús. Jesús, mirándolo, le dijo: "Tú eres Simón, hijo de Juan; en adelante te llamarás Cefas, (es decir, Pedro)"



Una reflexión para la vida de familia.

Juan, el discípulo que acompañó a María al pie de la cruz, nos narra la experiencia de los primeros discípulos que siguieron a Jesús. Nos relata que, siendo discípulos de Juan, éste les señala a Jesús con el título de "Cordero de Dios" lo que les motiva a seguirle, sin tener una razón explícita.

En un momento determinado, Jesús, se vuelve y ve que le siguen. Entonces les pregunta: "¿Qué buscan?" Ellos, sorprendidos no atinan a dar una razón, entonces preguntan: "Maestro, ¿dónde vives?" Y Él los invita a ir hasta su casa.



Allí se produjo un encuentro muy íntimo, tanto así que se les pasó la hora y se quedaron conversando con Él toda la tarde. Juan no nos dice de qué hablaron, sino que nos señala la hora, las cuatro de la tarde, para concluir que todo el resto del día fue lo que duró dicha conversación.

Andrés que era uno de dichos discípulos quedó tan impresionado con el encuentro que al ver a su hermano Simón le dijo: "Hemos encontrado al Mesías" y lo llevó hasta Jesús para compartir la grata experiencia vivida. Jesús, al verlo, le dijo: "Tú eres Simón, hijo de Juan; en adelante te llamarás Cefas, (es decir, Pedro)".

¿Cuánto más o de qué hablaron, no lo sabemos, pues no está consignado en los escritos evangélicos? Pero sin duda alguna debe haber dispuesto sus almas para recibir aquello que salía de la boca de Jesús, como palabras de vida nueva.

La experiencia vivida por Andrés nos señala como el Señor se acerca a nosotros en el día a día, pues no es necesario estar en el templo para encontrarnos con Él. Esto puede ocurrir en cualquier instante, ya sea por curiosidad como en este caso o en los hechos ya sean éstos gratos o no. Sólo es necesario estemos disponibles para recibir y vivir una nueva experiencia.

Mucho se habla del seguimiento de Jesús, aceptando su enseñanza y su propuesta de vida nueva. Hemos escuchado la invitación a ser discípulos misioneros que nos hace la Iglesia, lo que no es malo, pero que sólo se hará realidad si tenemos el encuentro personal con el Señor. Sin este encuentro personal es muy difícil demos el paso para adherirnos a Él, pues no le conocemos. Por ello aquellos que ya han experimentado esta situación, siguiendo los pasos de Andrés, debemos ser los motivadores para llevar a otros que no conocen al Señor, al encuentro con Él.

No es necesario ser un erudito o gran conocedor de las Escrituras para encontrarnos con Él. Nos basta con tener disponibilidad personal, apertura de corazón y darnos el tiempo para estar con Él, pues Él siempre está disponible para quien le busca, su corazón está siempre abierto para acogernos y es el dueño del tiempo. Escuchémosle que tiene algo personal que decirle a cada cual, y ello nos ayudará a tomar la decisión de seguirle, adhiriéndonos no sólo a su enseñanza, sino a su persona.

Cuando Andrés y el otro discípulo de Juan le escucharon, no tomaron la decisión de seguirle, pero, sí, sus corazones encontraron la motivación para recibir su palabra y guardarla. Por eso, Andrés, cuando se encontró con su hermano Simón le comunica que han encontrado al Mesías, porque, con seguridad en las palabras de Jesús encontró las respuestas que su vida esperaba.

Ellos tuvieron la oportunidad de verlo en persona y escuchar de sus labios cuanto tenía que decirles. Nosotros, hoy, por la época en que vivimos no tenemos ese privilegio, pero sí podemos encontrarnos con Él a través de su Palabra registrada en las Escrituras y en el silencio que seamos capaces de escuchar en nuestro interior, lo que tiene para decirnos. Hay ocasiones en que nos habla con la Palabra y en otras con los hechos del entorno que nos rodea. Para quienes ya han escuchado lo que nos pide saben bien que no, porque no le vemos físicamente, no está cerca enviándonos su mensaje. Cuando nos habla de las obras de misericordia nos asegura que cada vez que lo hagamos con un hermano, con Él lo estamos haciendo.



Esto nos recuerda que, si le escuchamos con atención, nuestra vida debe estar al servicio de los demás. Y si así obramos, estaremos siendo fieles auditores de su mensaje de vida, transformándonos en sus seguidores y misioneros de su causa, pues nuestros actos serán testimonio vivo de nuestro encuentro con el Mesías, Salvador y Redentor, Cristo Jesús.

A estas alturas cabe preguntarnos ¿nos hacemos el tiempo para encontrarnos con Él? Si no lo hemos hecho aún es tiempo sólo se requiere voluntad.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿He sentido alguna vez la inquietud por conocer a Cristo?
- ¿Alguna vez he sido invitado y me he resistido aduciendo falta de tiempo?
- ¿He leído o leo diariamente las Escrituras para enterarme de su mensaje?
- ¿Le he descubierto en los sufrientes, agobiados, necesitados, etc.?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Diácono Ronal Salvo Olave.

Familia, vive la Palabra de Dios **Domingo 24.01.2021**

La Palabra (Extracto de Mc 1,14-20)

Después del arresto de Juan, Jesús se fue a Galilea, proclamando la buena noticia de Dios. Decía: “El plazo se ha cumplido. El reino de Dios está llegando. Conviértanse y crean en el evangelio.”

Pasando Jesús junto al lago de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés que estaban echando las redes en el lago, pues eran pescadores. Jesús les dijo: “Vengan conmigo y los haré pescadores de hombres.” Ellos dejaron inmediatamente las redes y lo siguieron.

Un poco más adelante vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan. Estaban en la barca reparando las redes. Jesús los llamó también; y ellos, dejando a su padre Zebedeo en la barca con sus trabajadores, se fueron con Él.



Una reflexión para la vida de familia.

Después que Juan fue arrestado, porque sus palabras habían denunciado las irregularidades existentes y tocaban a quienes ostentaban el poder, en este caso incluso al rey a quien le echaba en cara que no era lícito convivir con la mujer de su hermano, Jesús se fue a Galilea proclamando la buena noticia de que el reino de Dios estaba cerca y era necesaria la conversión para recibirlo.

Si vemos el alcance de sus palabras, son como la ratificación de la prédica de Juan que llamaba a la conversión para recibir al Mesías. Ahora que el Mesías ha llegado nos percatamos que nos sigue invitando a la conversión, pero esta vez es para recibir el reino de Dios que es el mismo Cristo Jesús que, como hombre verdadero ya está en medio de los hombres, pero éstos no se percatan de ello, pues no tienen un corazón disponible.



Así llega hasta la sinagoga en donde prosigue su proclamación de la llegada del reino de Dios diciendo: “*El plazo se ha cumplido. El reino de Dios está llegando. Conviértanse y crean en el evangelio.*” Al decir crean en el evangelio, les recuerda que deben creer en el mensaje que Dios les envía y, en este caso, en su propia persona.

Paseando por la playa se encuentra con Andrés y Simón y los invita a seguirle para hacerlos pescadores de hombres, algo que en principio no deben haber comprendido en su real alcance, pero que despierta su curiosidad al extremo de dejar de lado sus labores habituales para seguirle y escuchar lo que podría decirles.

Prosiguiendo su paseo se encontró con Juan y Santiago, hijos de Zebedeo que estaban con su padre y trabajadores arreglando sus aparejos de pesca. También entabló conversación con ellos invitándoles a que le siguieran. Lo mismo que ya había ocurrido con Andrés y Simón, ellos atraídos por sus palabras estuvieron dispuestos a seguirle, dejando a su padre con sus trabajadores su labor de pesca.

¿Cuál era el atractivo que encerraban las palabras de Jesús que sus oyentes eran atraídos dejando de lado los quehaceres de este mundo?

La fuerza de su palabra debe haber radicado en la consecuencia de su persona. Su coherencia, su forma de vida, la radicalidad en las cosas de Dios, su apertura para escuchar y la claridad de sus respuestas, seguramente eran como un imán que atrae con una fuerza invisible para el ojo humano.

El mensaje de Dios, si bien es cierto tiene fuerza en sí mismo, no movía las voluntades como para dejar todo de lado y concentrarse en él. En cambio, el Espíritu actuando sobre el hombre Jesús adquiría esa dimensión que, en ciertas ocasiones, hemos logrado vislumbrar en ciertas personas sencillas, humildes que no son sabías, pero sí demuestra una profundidad privilegiada. Humanamente hablando, Jesús era fiel exponente de ello, más aún si era la encarnación del contenido del mensaje de Dios; la llegada del reino.

Su palabra, tanto ayer como hoy, resuena en los oídos de los creyentes percibiendo la invitación a la conversión, al cambio de vida para ser coherentes entre lo que pensamos, decimos y hacemos. Pero la cruda realidad nos muestra, sin lugar a dudas, lo lejos que estamos, ya sea para escuchar, para proclamar y sobre todo para hacer, manteniendo la



coherencia, requisito básico para adherirnos al reino. Por ello Jesús nos lo enseña con su vida, su palabra y entrega generosa, para otorgarnos la posibilidad de ser hijos de Dios siguiendo sus propios pasos.

Nuestro mundo y la sociedad actuales nos muestran el caos que hemos elaborado con nuestro egoísmo, nuestras ansias de poder, de riquezas y de placeres transitorios que, si hoy nos entregan un bienestar aparente, serán la base de nuestras lágrimas el día de mañana. En medio de ello no podemos escuchar la invitación del Señor que nos llama a seguirle para hacernos pescadores de hombres, transformadores de una sociedad que va por el despeñadero, sin un destino claro, pues nuestros ojos están ciegos para percibir la luz que viene de lo alto para indicarnos el camino de retorno al regazo de Dios.

El seguimiento de Jesús no implica debemos olvidar nuestras legítimas responsabilidades. Por el contrario, es una clara invitación a llevarlas a cabo con una nueva perspectiva, la del reino que viene hasta nosotros para señalararnos nuestro destino eterno el que nos aguarda después de esta jornada, como paso previo para tener la oportunidad de pronunciarnos si aceptamos o no lo que el Buen Dios nos tiene preparado. Nadie está obligado a llegar al reino, pero si éste ha venido a nosotros es que ciertamente Dios quiere contar con nuestra sincera aprobación.

Dejémonos un tiempo para escuchar la voz del Señor y no cerremos nuestro corazón a su invitación. Todos están llamados y sólo los que se esfuercen por seguir al Maestro, serán los bienaventurados que lleguen a su reino.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

¿He experimentado en mi vida la necesidad de seguir un cierto camino?

Si hoy Jesús no está presente ¿cómo puedo experimentar su llamado?

¿Me entusiasma la idea de la imitación de Cristo o no es el camino para mí?

¿Es el mensaje del reino importante para mí o tengo otras prioridades?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Diácono Ronal Salvo Olave.

Familia, vive la Palabra de Dios
Domingo 31.01.2021

La Palabra (Extracto de Mc 1, 21-28)

Fueron a Cafarnaún y, cuando llegó el sábado, Jesús entró en la sinagoga y se puso a enseñar a la gente que estaba admirada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad, y no como los maestros de la ley.

Había en la sinagoga un hombre con espíritu impuro, que se puso a gritar: “¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? ¡Sé quién eres: el Santo de Dios!” Jesús le respondió ordenándole: “¡Cállate y sal de ese hombre!” El espíritu impuro lo retorció violentamente y, dando un fuerte grito, salió de él.



Todos quedaron asombrados y se decían unos a otros: ¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva llena de autoridad! ¡Manda incluso a los espíritus impuros y éstos lo obedecen!”

Pronto se extendió su fama por todas partes, en toda la región de Galilea.

Una reflexión para la vida de familia.

Al sábado siguiente de su llegada a Cafarnaun Jesús, como buen judío, fue a la sinagoga y comenzó a exponer su mensaje con claridad y convicción ante la mirada atenta de cuantos allí se encontraban. Lo hacía con autoridad y la sabiduría propia de quien conoce el tema y está convencido de ello. No lo hacía como acostumbraban a hacerlo los mismos maestros de la ley que, aun cuando se habían preparado para ello, mostraban sus falencias.

De pronto, uno de los asistentes poseído por un espíritu inmundo comenzó a gritar: “¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres: ¡el Santo de Dios!” Jesús le miró fijamente y sin cruzar con él alguna palabra le ordenó: “¡Cállate y sal de ese hombre!” Al instante el hombre fue sacudido violentamente y el espíritu malo salió de él, ante la expectación, la admiración y un cierto temor de quienes estaban presentes.



Los comentarios no se hicieron esperar y pronto se preguntaban unos a otros: ¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva llena de autoridad! ¡Manda incluso a los espíritus impuros y éstos lo obedecen!”

Pongámonos un momento en el lugar de quienes escuchaban y participaban de estos hechos. Ciertamente lo primero que se nos viene a la imaginación es una suerte de admiración por aquella persona que tiene el poder de dar órdenes incluso a los espíritus. Lo segundo es preguntarnos: ¿A quién representa esta doctrina que no conocemos, pero que tiene esta autoridad? Y lo tercero sería una suerte de temor frente a lo desconocido y que podría afectar nuestra propia existencia.

Es lógico pensar entonces que, si bien es cierto no cerraron las puertas a Jesús, tampoco se declararan sus seguidores, sin conocer más a fondo todo cuanto podía transmitirles. En dichas circunstancias lo que más abundaba eran su admiración por lo visto y las dudas que encerraban sus palabras.

Hoy, enfrentados a un hecho similar, no sería muy distinta nuestra respuesta. Podemos apreciarlo en la aparición de tantos gurúes que con su palabra y ciertas actitudes atraen a los incautos, apropiándose no sólo de parte del mensaje de Dios, de su doctrina, para manejarlos a su amaño.

Así prosperan supuestas religiones y sectas que sólo se aprovechan de las necesidades espirituales del hombre, para canalizar esa energía en un poder que les lleve a mantener el control en beneficio personal. Utilizan a Dios de tal manera que hasta los bien intencionados pueden ser víctimas de sus frases truculentas y mensajes de vida que utilizan el temor a lo desconocido para sembrar sus semillas del error.

Ante ello está la claridad y la luz del Espíritu Santo que éste infunde en el corazón del hombre que está disponible para Dios. Él nos sostiene en la fe recibida, nos fortalece en la debilidad frente a las exigencias de nuestra existencia, calma nuestra ansiedad ante la duda y nos muestra un camino cierto en la Palabra de vida que nos legó el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo.

De allí la importancia de no desconectarnos de la fuente y acudir a ella cada vez que tenemos sed de infinito, para que no seamos atraídos por supuestas doctrinas o estilos de vida que contravienen los designios del Creador, que nos dio la existencia para que fuéramos felices en esta vida y nos preparáramos para el encuentro definitivo con Él en su eternidad.



Jesús camina con nosotros, nos visita periódicamente en forma particular, nos invita llamándonos por nuestro nombre, se ha quedado en medio nuestro en el Pan consagrado y junto al Padre nos han enviado al Espíritu Santo. Éste nos muestra la verdad completa, fortalece nuestra debilidad, ilumina nuestro caminar señalándonos la ruta de regreso al regazo del Padre, nos levanta cuando caemos y aviva nuestra fe, para que seamos testigos fieles del amor de Dios por el hombre y testimonios creíbles de su Palabra en medio de un mundo que tozudamente pretende negar la existencia de Dios y nuestra dependencia de sus divinos designios. Haríamos muy bien en destinar algunos momentos de nuestra vida consciente para comunicarnos con Jesucristo, el Hijo del Padre, para actualizar en nosotros su mensaje de vida y abrirle nuestro corazón para dejarnos impregnar de sus enseñanzas y consejo, viviendo una vida plena en su presencia, con la esperanza cierta de reinar un día junto a Él en el Paraíso.

De esta manera nos iríamos transformando en sus discípulos y a su vez misioneros de su causa, para abrir a otros el tesoro de la fe que el Señor, en su infinita misericordia, ha puesto a nuestro alcance tan sólo por amor.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Considero que las palabras de Jesús apuntan a mi propia realidad?
- ¿Soy consciente que su enseñanza tiene validez en nuestros días?
- ¿Cuánto conozco de lo que Jesús hizo y enseñó en su paso por el mundo?
- ¿Qué tiempo de mi día consciente destino a mi comunicación con Dios?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Diácono Ronal Salvo Olave.